

1930 : el alegre comienzo del Año Nuevo

Con el título "When the music stopped", Anatole Kalestsky publica el siguiente artículo en el "Financial Times" del 2/3 de Enero.

Nadie -ni el Presidente ni los banqueros y agentes de Wall Street, así como tampoco los magnates de la industria de Detroit y de Chicago- tenía la menor idea del desastre que se avecinaba cuando Norteamérica celebraba el inicio del Año Nuevo, aquel primero de Enero de 1930.

Por supuesto, el gran "crash" de Octubre había llenado el país de un cierto pesimismo. Pero una vez que la bolsa había alcanzado las profundidades un mes más tarde, había habido una gradual reacción optimista. Así, llegado el Nuevo Año, Norteamérica se sentía confiada en sus posibilidades para evitar cualquier efecto grave derivado de la catástrofe financiera de Wall Street. Una demostración de la ausencia de dramatismo en aquella significativa fecha es que cuando "The New York Times", en su edición del 31 de Diciembre, había hecho el repaso de los grandes acontecimientos del año transcurrido, eligió la expedición de Richard Bird al Polo Sur como el más destacado de todos. Cuando, el día 2 de Enero, el mismo periódico daba cuenta de los festejos del día anterior, no había ni una sombra de ironía, o de prevención, cuando explicaba en su primera página que "una multitud de alegres celebrantes" habían cantado y bailado en las calles y nightclubs de Nueva York saludando la llegada de 1930. Al igual que cualquier otro norteamericano, el anónimo reportero era inconsciente, mientras escuchaba "las alegres campanadas" de medianoche, que estaba siendo testigo no ya del fin de un año, o de una década, sino del de toda una era.

Con todo "el humo, los globos y el jazz que llenaban el aire y el menor resquicio disponible del espacio ocupado por la muchedumbre en hoteles y clubs", lo más alejado de la mente de toda aquella gente era el "crash" de Wall Street. En cuanto a la Gran Depresión, que estaba a punto de conmover la ilimitada confianza del capitalismo norteamericano, era algo situado más allá de la imaginación de cualquier ciudadano del país, incluso "en Greenwich Village, donde los grupos de intelectuales abandonaban por un instante sus intercambios académicos para unirse a la celebración".

Ya entrado Enero, la National Economic League, una organización formada por personalidades públicas de relieve y por grandes empresarios, llevó a cabo una encuesta entre sus miembros para descubrir "los problemas sobresalientes de los Estados Unidos para 1930". La lista resultante empezaba con la Administración de Justicia y seguían la Prohibición, la Falta de Orden, la Delincuencia y el Respeto de la Ley (todos estos puntos contemplados separadamente y con identificación propia). Después venía la Paz Mundial. El Paro figuraba en el lugar 18.

En la noche de Fin de Año, con todo, había resultado fácil de eludir todas las limitaciones de la Prohibición, y los trasnochadores pudieron beber libremente champán en yates y barcos de recreo situados fuera de las seis millas que constituían el límite territorial. Mejor aún, podían haber escuchado las sugerencias de docenas de anuncios de todo tipo urgiéndoles a "venir a Cuba". La Habana, como decía el "New York Times", era "una de las más alegres ciudades del mundo" aquella noche, en la que corría el champán, donde los hoteles importantes habían sido reservados desde hacía semanas y a donde se llevaban una docena de vapores y unos aviones de la Pan Am especialmente fletados para el evento, desde Miami.

¿Pero quienes eran todos esos afortunados buscadores de placeres? ¿Y cuánto tiempo podrían mantener ese estilo de vida tras "la más grande catástrofe de la bolsa de todos los tiempos", como había calificado al "crash" de Octubre el "Commercial and Financial Chronicle"?

Para la mayoría, el "crash" había dejado de tener interés, y esto debido a que, al igual que después de la caída de 1929, el cataclismo financiero parecía haber afectado poco a todos aquellos ajenos a la atmósfera de Wall Street. Los primeros informes sobre las ventas de Navidades sugerían que casi se habían superado las cifras de 1928. Sí, se había reducido en alguna medida (10%) la producción, y más aún la fabricación de acero y de automóviles, y el paro había alcanzado los tres millones. Pero todo esto era contemplado sólo como una corrección cíclica. Como decía el "Times", los círculos empresariales "se muestran menos violentos a medida que mejora la actuación del gobierno, que la Reserva Federal asegura la estabilidad financiera y que las empresas reajustan sus planes productivos". Incluso en Wall Street la vida recobraba su pulso normal. Los precios de las acciones habían vuelto a subir un 25% desde Noviembre, y los agentes se referían con fruición a la nueva reactivación ("the glories of the Big Bull Market"). Muchas agencias abonaban elevadas primas al personal, a cuenta de las abundantes comisiones resultantes de los acontecimientos de Octubre.

Por otra parte, no debe olvidarse que en la fase más activa del mercado en alza sólo 1,5 m. de norteamericanos tenían cuentas abiertas en las agencias de contratación de valores. Hoy, los propietarios de acciones en Estados Unidos son 48 millones. Si se tiene en cuenta que, mientras tanto, la población se ha duplicado, la proporción de los norteamericanos afectados directamente por la crisis de Wall Street es hoy varias veces mayor que en 1929.

Tampoco debe olvidarse que algunos analistas incluso vieron en el "crash" una especie de aviso providencial que prevenía acerca de otros posibles y más graves desastres. Por esto el "Commercial and Financial Chronicle", que, junto con el "New York Times" y la "Poor Investment Letter", había llevado a cabo una larga y persistente batalla contra la fiebre especulativa, describía el mercado en alza como "una pesadilla de la cual el país se ha liberado, finalmente".

En definitiva, todo el mundo parecía estar de acuerdo con la famosa declaración del presidente Hoover: "La economía real de los Estados Unidos está en una situación sólida" ("The fundamental business of America is sound"). Pero independientemente de la ironía que pueda contener la sentencia, analizada con perspectiva, hay que reconocer que el presidente Hoover -en modo alguno un apóstol del "laissez faire", como sí lo fué el Secretario del Tesoro, Mellon- actuó con vigor excepcional, por lo menos para su época, consiguiendo, entre otras cosas, que los empresarios se comprometieran a mantener el poder adquisitivo de sus trabajadores, lo que hizo, v.g., que Henry Ford elevara casi inmediatamente el salario de sus obreros a 7 dólares diarios.

Después de las iniciativas de Hoover, incluso la American Federation of Labour elogió profusamente al Presidente, vaticinando un año 1930 "por lo menos aceptable desde el punto de vista del empleo". Luego resultó que al final de dicho año el paro se había multiplicado por diez, que había millones de hambrientos y que en las afueras de todas las grandes ciudades se habían formado zonas de miserables chabolas conocidas precisamente con el nombre de "Hoovervilles". Pero esta es otra historia. Por otra parte, la reacción del mercado de valores ("Little Bull Market") perdió fuerza ya en Abril de 1930, y en 1932 las cotizaciones llegaron a ser una décima parte de lo que habían sido en el

momento de mayor alza en 1929. También esta es otra historia. Como lo es asimismo que a últimos de 1930 centenares de bancos empezaran a sufrir bancarrotas, sin que sirvieran de mucho los esfuerzos de la Reserva Federal para contener el desastre.

Incluso hoy, 60 años después de aquellos acontecimientos, se discute acaloradamente acerca de la relación entre el colapso de la bolsa y la depresión subsiguiente. El "crash", con toda seguridad, no fué la causa de la recesión industrial, que había empezado ya en Junio de 1929. ¿Pero contribuyó a que una crisis cíclica ordinaria se convirtiera en una depresión que duró diez años? Tal depresión resultó agravada por una política fiscal restrictiva, por unos elevados aranceles y por las ruinas bancarias. Sobre todo, hubo un colapso del gasto consuntivo, a pesar del relativo optimismo de las Navidades de 1929. ¿Pero en qué medida éstas fuerzas deflacionistas se vieron más negativamente afectadas por la crisis de la bolsa? ¿Y cuántas fueron consecuencia, y no causa, de la depresión?.

Las respuestas no son fáciles, pero hay una cosa cierta. Como ha señalado J.K. Galbraith, el "crash" de 1929 demostró que la economía de finales de los años 20 era todo menos "fundamentalmente sólida". Lo que resultaba imposible de adivinar era el alcance de la falta de solidez. El presidente Hoover habría actuado probablemente con mayor resolución y con mejor acierto si hubiera conocido la gravedad auténtica de los problemas y de los desequilibrios. La salvaje especulación financiera podía haber sido identificada como una señal segura de la falta de solidez de los fundamentos. Pero esta fué una lección que nadie quiso entender en 1930... y que pocos querrán deducir en nuestros días.